



LOS
IN-
SOSPECHABLES

LAS TERRAZAS DE ORSOL



vanilla planifolia



LOS
IN-
SOSPECHABLES

DIRECCIÓN LITERARIA
Philippe Ollé-Laprune

DIRECCIÓN EDITORIAL
Rodrigo Fernández de Gortari

COORDINACIÓN EDITORIAL
Luis Ernesto Nava Buenfil

DISEÑO DE PORTADA E INTERIORES
Tres laboratorio visual

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL
Les terrasses d'Orsol, 1985
© SNELA-La Différence
47 Rue de la Villette, 75019, Paris, France

DE LA TRADUCCIÓN: Mónica Mansour

COTEJO DE LA TRADUCCIÓN: Diana Goldberg

Co edición UNAM-Dirección de Literatura / Vanilla planifolia

D.R. © 2014, Vanilla planifolia, s.a. de c.v.
ISBN:

D.R. © 2014, Universidad Nacional Autónoma de México
Dirección de Literatura
ISBN: 978-607-02-6136-7

www.vanillaplanifolia.com | info@vanillaplanifolia.net

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Este libro fue publicado en el marco del Programa de Apoyo a la Publicación de la Embajada de Francia en México / IFAL y del Institute Français.

IMPRESO EN MÉXICO | PRINTED IN MEXICO

LAS TERRAZAS DE ORSOL

MOHAMMED DIB

TRADUCCIÓN | MÓNICA MANSOUR

REGRESÉ. ENSEGUIDA VOLVÍ AL HOTEL, ME FUI CORRIENDO. De todas maneras, no habría sabido qué otra cosa hacer, no se me ocurrió nada. Y me hago una y otra vez la pregunta: ¿qué pasó? ¿Qué pasó que se pudiera contar, que se pudiera decir? En suma, nada; y una pregunta más, ¿sólo me estaré preocupando por nada? ¿Sólo preocupándome para nada? Santo cielo, no voy a quedarme sentado así, sentado planteándome una pregunta tras otra. Me daré cuenta, pero más tarde, sabré si estoy en plena locura y el mundo también, o esta ciudad, esto acabará por atraparme, por regresar a mí, lo sé. Pero más tarde. Por ahora, calma. Eso es lo que necesito. Superar mi agitación. *Él camina al borde de las tinieblas del mundo porque la luz ha incendiado su carne, es la maldición y la maldición de sus días, y él ha desviado los ojos de todo lo que proviene de ella, ha apartado los ojos de todas las cosas que ésta ilumina* que lo vea yo claro, que me fije una línea de conducta, decida algo. Santo cielo, nada en mi vida me había impactado tanto. Arrellanado en mi sillón, intento encontrar la calma, y la encontraré, por lo menos lo intento, reflexiono. Digo que lo intento, reflexiono: acabaré por encontrar una explicación para todo esto; de una u otra manera la necesito.

Me digo: “La necesito...” En el mismo instante, olvido lo que se necesita, ya no sé lo que he dicho; entonces me digo: “Calma. Calma.”

Tres horas más tarde sigo repitiéndome: “Calma. Calma.”

¡Qué noche la que acabo de pasar! Llena de alboroto, atravesada por chillidos, por zarandeos de salvajes, y no tuve que

buscar lejos a esos salvajes, sólo en los bulevares. Se contorsionaban, gesticulaban, caían de rodillas y sus ejercicios se transformaban en danzas de súplica, pero para convertirse enseguida en una persecución desenfundada, una persecución en la que yo era el cazador, antes de darme cuenta de que me volvía la presa. Y continúa esta mañana, continúa; instalado en el mismo sillón me pierdo en conjeturas, y no me quedo con ninguna. ¡Ese estruendo, santo cielo, en mi cabeza! Sin duda hay cosas mejores que hacer: salir, visitar la ciudad, ésta vale la pena. Creo. Pero para mezclarse con la multitud de afuera, y con esta circulación, no hay que estar totalmente abatido ni totalmente excitado como lo estoy. No, mejor retomar las cosas desde el principio y por una vez proceder en orden: una pregunta exige respuesta *Una cosa que él se obstina en querer aunque sea a costa de tormentos y tribulaciones sin fin; una cosa a la cual, habiéndola entendido por fin, haya que entregarse por completo y dejar todo, abandonar el terreno de la verdad propia, soportar la carga, aguantar haberse convertido ahora en la presa, y que lo obsesiona, que lo aflige, la verdad por la cual ahora está poseído, esa verdad de la que está desposeído* antes de cualquier otra: ¿vi o no vi lo que he visto?

No hay ni sombra de duda, he visto: esa abominación, o como se le quiera llamar, se expuso suficientemente ante mis ojos para que yo lo afirme e incluso lo grite desde el techo, lo grite hasta ensordecer al mundo. Veinticuatro horas, veinticuatro han pasado y todavía estoy todo estremecido, enfermo. ¿Qué era exactamente?; ah, ¡qué era exactamente! Espero que alguien me lo diga, que alguien me lo informe. Reconozco, me alejé demasiado rápidamente de ese lugar, cedí demasiado rápidamente a un movimiento no de pánico, sino de negarme a admitir la verosimilitud de un espectáculo cuyo horror devoré sin moverme y sin creer en él. ¡Maldito lugar! ¡Mil veces maldito si queda algo así en el mundo! El recuerdo que tengo de él se parece a esta noche: odiosamente confuso, que mantiene en reserva todo tipo de amenazas, de monstruos listos para saltarte a la cara. A la cara, uno de esos

desastres que, haciéndome huir, no abogan a favor del hombre, ni a favor de su fuerza de carácter, de su firmeza, de su capacidad para salir honrosamente de una mala racha.

Ya es hora de que me reponga. Regresaré a esos lugares. No podría dejar de asegurarme de nuevo de la existencia de esos lugares, algo tan insólito que además se permite ser sórdido. Santo cielo, no hay nada que yo aborrezca tanto como ese tipo de misterios. Que además se permite ser vergonzosamente sórdido. Me guiaré por los puntos de referencia, inmuebles, quioscos de periódicos, letreros, monumentos, carteles de cine; quién sabe qué más, todas las cosas en las que sin pensarlo fijé mi atención en esta ciudad para mí nueva y perfectamente desconocida, y ya allá se verá: sería sorprendente que no lograra encontrar mi camino, el camino que me condujo a ella.

Es aún más horrible de lo que pensaba, de lo que uno pudiera imaginar, es infecto, regreso. No es posible. Me encierro de nuevo en el hotel, no hay nada mejor que hacer. Me dirigí, al irme, lo más directamente posible hacia el mar, tras renunciar a mi primera idea, que era confiar en mi memoria, por más que sus indicaciones se mostraran tan confiables, no cometí esa tontería. Me surgió una inspiración de último minuto de orientarme más bien desde el mejor observatorio que hay; mi hotel; está posado en las alturas de Jarbher. Desde mi balcón se te ofrece la ciudad como sobre una bandeja. ¡Qué vista! Vi mi ruta trazada antes de haber puesto un pie afuera. Enseguida corté a través de la red de avenidas ebrias de movimiento del centro, llegar más allá de los barrios bajos con sus callejones grises, tortuosos: imposible evitar ese gran nudo de serpientes, hay que meterse. No lo dudé, pero ahí, no desviarse de su camino enseguida se vuelve un desafío. Otro riesgo que correr. Tenía la certeza de mantener el rumbo.

Acababa de dar apenas unos pasos allá adentro, sólo había dado esos pasos, y me saltó encima con una fuerza y una rapidez que me dejó aturdido el silencio que allí planea,

reina. Había olvidado ese silencio. Emerge de la tierra como emergería un manantial justo en medio de una sala, si acaso una incongruencia de ese tipo tuviera alguna vez oportunidad de producirse. Y caminé en esa madeja de colores enredados, sondeé por ahí, exploré las profundidades, no podría decir cuántas calles, cuántas pendientes, avanzaba en una dirección y enseguida tenía la sensación de haberme equivocado, iba hacia la otra, y también tenía la sensación de haberme equivocado. Callejones sin salida, callejones sin salida, por todos lados. De hecho, tenía la impresión de haberme perdido, de hundirme todo el tiempo en su silencio que se hinchaba, aumentaba y oculto levantaba a mi alrededor sus capas secretas, unidas. Sus capas con un equilibrio perfecto.

Muchos indicios lo comprobaban: las casas frente a las que pasaba estaban habitadas, aun cuando por fuera estaban rodeadas de todas las apariencias de abandono. Pensaba para mí: “¿Qué necesidad tengo de detenerme en estos detalles? ¿Para qué me agobio con tantas observaciones?” Y me respondía: “Cada detalle de acá es indispensable para comprender lo que he visto, lo que más bien he vislumbrado, algo, ese sentido que no engaña, me dice que mantienen relaciones entre ellos y, además, que se relacionan con mi descubrimiento, ese sentido que nunca engaña.”

Veo la esкарpadura donde finalizó mi incursión ayer, reconozco el muro de contrafuertes al fondo del pasillo empinado donde mis pasos hacen chasquear un poco demasiado fuerte los adoquines. En esta rampa por donde bajo, estoy rodeado de penumbra, sólo al final estalla un resplandor de aurora, destellos de un mar que permanece fuera de vista, pero es el mismo lugar. El mismo; está al alcance de la mano. Miro, lo recuerdo bien. Miro todo y lo recuerdo como un lugar percibido hace mucho tiempo en otra parte, lejos de aquí. Y luego está la ansiedad. Acelero el paso: qué sucede, la cornisa, allá en el extremo del callejón, desaparece, los viejos caserones abruma la alineación, se plantan en mi camino, taponeando la vista hacia el mar, formando una

barrera. Acelero más el paso. Llegar tan cerca del objetivo y no alcanzarlo. Como si no fuese el lugar, como si se escondiera. El espacio que me separa de él desemboca brusca-mente sobre anchos escalones desiguales. Entonces, sin pensarlo mucho, no lo dudo, empiezo a correr, me da igual si me ven. De todas maneras no hay ni un gato que asome la punta de la nariz en estos parajes.

Llego al parapeto de piedra blanca, me detengo en él. Me llega a la cintura. Me sumerjo en la contemplación del océano. Pensar que he venido para esto. Pero es que toda la luz está allí, hecha líquido. Un infinito de luz que desenrolla sus pesados pliegues brillantes no deja de moverse, de acercarse sin llegar nunca. Pasmado por ese espectáculo *Él estaba dividido entre lo que veía afuera, esa luz, esa maldición, y lo que veía adentro, la misma luz, la misma maldición*, ahí me quedo. A mi pesar, sin embargo, mis ojos empiezan a buscar, a fisgonear, van de un rincón al otro, emprenden aquello por lo que he regresado a estos sitios. Y qué hace el océano durante este tiempo, juega. Lo observo, intrigado pero sólo a medias, asombrado pero sólo a medias: ¿a qué juega? Se diría que llama, no acaba de llamar. ¿A quién podría llamar, o a qué? Llamar la atención, ¿es eso lo que quiere? Fija en mí ojos casi humanos, millares de ojos, está cubierto de ellos, no me veo escrutado por esa loca cantidad de ojos dispersos. O acaso trata de calmar, de adormecer en sí mismo algo que le preocupa y deja ir sus miradas para todos lados, será eso, una cosa que permanecerá para siempre desconocida por nosotros. “Pero tal vez no lo estará por mí”, me digo.

Nada sucede por ese lado, la serenidad de las cosas pesa mucho, sin más, el océano balancea los mismos pensamientos, pensamientos en permanente gestación, el océano tal como es, esos pensamientos tal como llegan, removidos, confundidos unos con otros, en gestación, siempre en gestación, me siento totalmente libre en mis movimientos, e inclinándome por encima del parapeto ya no me preocupo sino por volver a encontrar mis movimientos de la víspera, sólo los movimientos, y repetirlos. Con la esperanza... Tal

vez lograr... Determinar hasta dónde la marea llega a romperse. La misma enorme excavación, con paredes en picada, bostezo ávidamente a mis pies, los mismos flancos ásperos de granito se sumergen a una vertiginosa profundidad en el oleaje, la especie de precipicio así formado es defendido por la misma bocana contra alta mar.

Inclinándome más, percibo agazapadas hasta abajo, como una oscura manada de paquidermos, las mismas rocas que las olas embisten con chorros de espuma. Más al fondo, color negro tinta, el agua remolinea, gruñe, el agua golpea con un ruido de trueno, de sismo en espera, y se suceden las mismas descargas a través de grutas que se ahuecan aparentemente lejos, debajo de Jarbher. La impresión que se desprende de todo esto no es más atractiva hoy que ayer, la alarma alojada en el corazón de las cosas contrasta extrañamente con la calma que reina en las alturas del cielo. Los minutos se añaden a los minutos. Las avalanchas de luz que se abaten alrededor no pueden impedir que me sienta rodeado por esas amenazantes tinieblas.

Nada parece querer manifestarse a fin de cuentas y no sé cuál es el objeto de mi persecución. Sería esa nada que todo atestigüa a mi alrededor. Sería la respuesta. “¡Justamente! Cuando uno es tan estúpido como para correr tras ella.” La voz muda del océano.

Cansado de esa inspección estéril, estoy por incorporarme y volver sobre mis pasos con alivio, y en ese instante se esboza una ondulación de reptiles sobre las rocas verdosas. Una brizna, una minucia de ondulación. Es más de lo que esperaba. En el transcurso de mi exploración anterior había pensado: “¿Reptiles? Es imposible.” ¿Pero ahora? Ahora, si hay animales, se funden admirablemente en la piedra y no será fácil comprobarlo. Animales o lo que sea, los mantengo ante los ojos, trato de no perderlos de vista en la grieta con todos los recovecos que se adivinan allí y... no, todavía tengo náuseas, está por encima de mis fuerzas, me escapo de nuevo, incapaz de proseguir durante más tiempo esta observación, me escapo como ayer.

MANDÉ POR CORREO MI INFORME, ASÍ DOY POR TERMINADOS siete días de trabajo. Un informe por semana, es el tercero que mando, estoy en Jarbher sólo desde hace cuatro semanas, es casi lo necesario, casi demasiado. Es apenas lo que me hizo falta para conocer a las personas que se convertirían en mis relaciones de trabajo, instalarme, aun cuando mi instalación no haya requerido ni tiempo ni esfuerzo: un departamento contratado en un hotel del viejo Jarbher lo resolvió todo, y una semana para dar la vuelta, para acomodarme a mi nueva vida; no es excesivo, y tres informes enviados, es casi demasiado. Estoy en Jarbher por decisión de mi gobierno, ocupo el puesto de... ¿de qué precisamente? De responsable de una misión, podría decirse, porque no lo ocupo con un título, ese título no existe, no está reconocido por nuestra diplomacia, la cual dispone de todo el personal acreditado necesario para la embajada que nos representa en este país. Nuestra embajada está en la capital, no tengo nada que ver con ese gran mundo que ha de ignorar mi presencia aquí. Una misión con un mandato sencillo, y sin embargo me comunico directamente con el poder central. No me esperaba esta decisión: “Era necesario”, habría dicho el profesor que ya no soy y cuyo universo se detenía a las puertas de su ciudad. (Se adaptaba bastante bien a él —por el hecho de que el universo no se extendía más. Le gustaba repetir frente a sus estudiantes: “Todo se encuentra en todas partes, y en Orsol también.” Y sin duda tenía razón.) Pero, ¡santo cielo, qué poco uso le daba a esa existencia! Sólo tuvieron que pasar cuatro semanas para que ya no me reconociera en él.

Los informes que envió, en día fijo, sirven como base para las negociaciones. O servirán. En industrias, productos

manufacturados, técnicas, administración, debo redactar acerca de todo lo que podría ser útil para nosotros. Habría estado mucho mejor ubicado en la capital que en Jarbher, podría pensarse, para satisfacer las exigencias de mi cargo. Que no se piense eso. Como cualquiera puede confirmar, la verdadera metrópolis es Jarbher. Allí, pues, se sitúa el campo de operaciones ideal para mí: con todo lo que allí pasa, todo lo que allí se observa, no queda ninguna duda. Añádasele el deseo, un deseo al que nunca se reconoció su importancia, pero innegable, de sustraer mis actividades de la curiosidad, y también de la injerencia de nuestros diplomáticos. Como se ve, no faltaban razones para que yo estuviera en Jarbher y no en el seno administrativo de este país. Por haber ignorado hasta el último minuto dónde, a qué riberas, me arrojaría la fortuna —y también por un horror instintivo al cambio, creo— no recibí mi nombramiento con todo el entusiasmo debido cuando me fue notificado, ah no. Pero hay que ver primero mi estado, el estado en que me encontraba entonces: presa de la crisis moral más miserable, una crisis como para ponerse de rodillas y llorar. Simplemente había llegado a ya no querer vivir. No tenía fuerza ni voluntad para tomar la más mínima decisión, como ir a la universidad, vestirme para ello, contestar una carta, poner atención a una conversación, y ni siquiera hablo de ver gente. Había intentado ponerle un nombre a esto. Empresa vana, que no me había aportado la distracción esperada; muy pronto me di cuenta de ello. Sin embargo, tenía mi explicación del mal que me corroía sin descanso, eso debería haberme bastado. Unos meses antes, de hecho, había ido a consultar a mi médico, el Dr. Rahmony, famoso cancerólogo y viejo amigo. Él había sido médico y amigo de mis padres. Entonces fui a consultarlo por esa razón, y no porque fuese especialista en esto o aquello, creyendo haber recibido un aviso del corazón. Allí empezó todo. El trabajo de zapa comenzó en ese momento, una debacle tranquila, sin estallidos. Desde entonces, no dejo de preguntarme: ¿había calculado este amigo médico las consecuencias de su decisión al prescribirme interrumpir toda actividad?

“Durante cierto tiempo, cinco semanas.”

Procedía con esa franqueza en sus modales, mediante la cual pensaba dar confianza a sus enfermos, pero cinco semanas: “Y luego veremos”, dijo.

Además, en esa ocasión se portó conmigo igual que con el más anónimo de sus clientes, sucedió eso, que me afectó los nervios, y sucedió sobre todo que no habría actuado mejor si hubiese tenido la intención de despertar mis sospechas. Y decir que lo logró sería poco decir, las personas que hayan transitado por ese camino me comprenderán. En ese momento no entendí su comportamiento. Pero tampoco entendía el mío. Debo decir que al consultar al Dr. Rahmony, cancerólogo famoso, llevaba de antemano todas las de perder. El punto, el absceso alrededor del cual se formaría el chancro que maduraría y me envenenaría el alma, había que buscarlo allí. Para mí, mi asunto estaba claro, tenía la enfermedad de las enfermedades. Pero una vez más, esta idea no se me habría ocurrido si el Dr. Rahmony no hubiese contribuido a sembrarla en mi espíritu al considerar superfluo entregarme su diagnóstico. Porque no podía decir que no lo había hecho, que no había cumplido con su responsabilidad. Sentí una sincera indignación durante los largos días que siguieron, no lo niego, por esa especie de bonhomía bromista con la que se despidió de mí.

Lo descubrí más tarde, y sin duda un poco tarde: él sabía lo que hacía. Si sólo no hubiese sido culpable de esa falsa alegría, de esa alegría profesional. Él lo embrolló todo, más bien ésta lo embrolló todo. En realidad recibí de sus manos un regalo invaluable mientras abría la puerta de su consultorio con ese gusto acre en la boca que nunca he olvidado, que uno nunca olvida, en la vida, al mandarlo al diablo, a él y sus modos. Pero yo todavía no estaba en condiciones de comprenderlo y de apreciarlo, y debido a eso tendría que vivir algunas de las horas más sombrías de mi existencia. Sí, algunas de las horas más sombrías. Naturalmente, el Dr. Rahmony no supo nada de eso, no *debía* saberlo.

Una vez afuera, caminé con el alma en un crespón negro, caminé, sin encontrarle de pronto ningún sentido a mi vida, ni a nada en general, o sólo el de vagabundear, ese mal sueño perseguido de calle en calle, un vagabundeo que duró mucho tiempo, suficiente tiempo en todo caso para erigir a mi alrededor una ciudad de Orsol poblada de espectros donde, yo mismo un espectro, me reconocía a veces y a veces no, en el fantasma que multiplicaban los espejos de las tiendas a mi paso. Reconocerse, no reconocerse, sentir el corazón desbordando de escoria, en unos instantes me deshice en el horror. Luego, en ese desconcierto se levantó un resplandor, regresé a la casa, reconsideré la situación ya con más serenidad.

Pero ¿qué cara tenía yo entonces, Señor? La mirada de Eida, mi mujer, se volvía acusadora en el instante en que caía sobre mí. Si ella hubiese podido verse con sus propios ojos en ese momento, habría sido la primera en asustarse. Pero yo, ¿qué cara tenía? Lo patético vino de ella. Todavía no le había informado lo que había dicho el Dr. Rahmony, todo lo que había dicho, apenas empezaba a abordar el tema, cuando enseguida sus rasgos, sus hermosos rasgos bien cuidados, se ensombrecieron, se contrajeron, presentando una rigidez de hierro. Eso no me impresionó, proseguí mi monólogo evitando mirarla simplemente por caridad. De todos modos, la explosión tuvo lugar, tal como me lo esperaba. Eida ya no se contuvo, sus dedos armados con uñas barnizadas se incrustaron en el respaldo capitoneado de una de las sillas de la sala y estalló en sollozos. Lloraba de desesperación, me di cuenta durante la escena, lloraba de desesperación porque... De hecho, yo ignoraba la razón, porque era un golpe que la agarraba desprevenida, porque se trataba de enfermedad y ella detestaba eso, tanto más porque yo era el enfermo. Con o sin razón, Eida, toda su actitud lo proclamaba, no estaba lista para tolerarlo, y no tenía intención de hacerlo —ni perdonarlo—, podía contar con eso.

Su resentimiento no me afectó. Mi angustia interponía entre ella y yo diez océanos y otros tantos continentes,

además de lo que ya nos separaba, diez océanos, otros tantos continentes, yo asistía indiferente a esa explosión de ira. Tal vez había yo atrapado mi enfermedad por pura malignidad, ella es una persona capaz de imaginar ese tipo de cosas. No todas las verdades soportan ser expuestas a esa gran luz que nos ilumina y que consideramos como una bendición, algunas hasta serían capaces de transformar nuestro mundo en infierno si tuvieran que exponerse. No añadiré más que unas palabras sobre este asunto: no le guardo rencor, al contrario, le estoy agradecido; o por lo menos tan agradecido como al Dr. Rahmony, pero por motivos diametralmente opuestos. Cada uno de ellos, sin quererlo, me obligó a dejar ir al hombre que era entonces, a dejarlo ir y a dejar ir las costumbres, los principios, las ilusiones que mantenía y en las que tenía fe. Ya estaba yo maduro, sin duda, para una mutación y había dado mi consentimiento sin darme cuenta, esta adhesión silenciosa que no es siempre, ni forzosamente, obra del traidor que duerme en nosotros.

Pero Eida, tal como era, tal como es, que va por la vida con todos los encantos por fuera, una de esas bellas morenas de las que espontáneamente uno piensa: “Esa mujer sí que es un *mango*”, si es que se sigue usando esa expresión, y al decir esto creo que se ha dicho todo al respecto, pero sería olvidar la palabra que mejor la viste, a ella a quien le gusta estar bien vestida, la palabra *chic* —¡una mujer chic!—, radiante como es, con esta única diferencia: su tez lechosa, que desde hace poco ha tomado prestado el bronceado de esas divinidades que sólo aparecen en las revistas de moda; Eida no había logrado sentir la seguridad, el desapego, de nuestra única hija Elma que se acercaba a los diecisiete años aunque parecía sólo de quince. Ella (Elma) recibió la noticia de mi enfermedad con una sangre fría donde tenía que ver ante todo, creo, el negarse a quedar involucrada en un juego que no tenía que ver con ella y que, además, corría el peligro de ser algo feo. Que corría el peligro de ser algo feo: la vi retraerse sigilosamente, ponerse fuera del alcance de nadie.

Con su cabello largo y libre, es una linda minina, pero esta gatita con aire un poco loco siempre ha sabido, según mi memoria de padre, lo que no quiere. No, no se parece a Eida que, por su parte, nada ha aprendido de ella.

ACABO DE MANDAR POR CORREO UN NUEVO INFORME, regreso al hotel. Cae la noche, reflexiono, pienso en el lugar siniestro. Cual galgos que sólo esperaban el momento de partir a la caza, mis pensamientos corren por sí mismos a asomarse al abismo, y empiezan las preguntas, o vuelven a empezar a amontonarse, a agolparse en mi cabeza. Preguntas sin respuesta, evidentemente. ¿Qué tiene este lugar, santo cielo, para perturbar tanto, para ocuparle a uno el cerebro y terminar por abarcar todo el espacio? Lo más fuerte es que se diría que él es quien me interroga, él, desde allí donde está, invierte los papeles, plantea siempre las mismas preguntas. El espejo de la psique me devuelve mi imagen fundida en la penumbra crepuscular, me resisto a encender una luz, me gusta quedarme con mis pensamientos, sin luz, sin testigo. Y me planteo las mismas preguntas. Sería más sensato bajar al restaurante, donde ya han de haber empezado a servir la cena, pero no hago nada. Se cena temprano en estas latitudes, en Orsol habríamos tenido que esperar otras dos horas. Los minutos pasan, no plantean ninguna respuesta.

Más vale que vaya al baño. Repito: “Más vale que vaya al baño, sí. Echarme un poco de agua en la cara. Darme una peinadita.” No me muevo de mi sillón *Con este fantasma, esta idea de sí mismo que tiene enfrente, puede errar sin fin en las soledades heladas, correr sin fin*, luego me levanto.

Lo observado en el restaurante.

Ninguna de estas personas afables y distinguidas que veo, realmente ninguna. Nos lanzamos sonrisas cordiales, los saludos rivalizan en la cortesía tanto como rivalizan, con

la misma discreción, los peinados, los smokings, suntuosos modelos a la moda, hasta donde sé, venciendo aún más en cuanto a la elegancia, si se puede, en este marco, pero realmente nadie parece dudar de nada. Los miro, la generosidad de corazón y de espíritu parece, desde hace mucho, haber dejado de provenir en ellos de la simple y común educación, para convertirse en un componente de la personalidad. Ni uno de esos hombres, ni una de esas mujeres, sentados en las mesas aquí y allá, ni uno presenta el comportamiento artificial o demasiado libre de quien calla un secreto vergonzoso, ni siquiera la sombra de un obstáculo en su rostro, donde puede leerse como en un libro abierto. Si hay una mentira, y forzosamente debe haber alguna, no se esconde en esta sala con sus fastuosas instalaciones; pero, ¿dónde entonces? ¿Bajo los pies, en la fosa? Me convierto en mi propio objeto de sospecha.

Sin embargo, no puedo apartar de mí el espectáculo que vi allá, ayer mismo, de esas criaturas cada una cabalgando sobre una roca, criaturas semejantes a tortugas marinas o, mejor aún, a cangrejos gigantes, que mediante pulsiones imperceptibles se esforzaban por abordar la roca siguiente en el momento en que otras, idénticas, se deslizaban hacia las anfractuosidades, pozos o grutas, que no han de ser escasas allá abajo, ya que algunos salían de ellas. Ante el ejemplo de éstas, se arrastraban lánguidamente y, con apenas un poco más de soltura, se impulsaban lo más cerca que podían al agua. Se impulsaban lo más cerca que podían al agua, intentaban sin ninguna duda pescar algún pez. Pero el medio por el cual lo lograrían desafiaba todas las conjeturas, permanecía misterioso, porque lo más sorprendente que se revelaba era que ninguna de ellas se decidía a sumergirse entre las olas y acercarse así a su alimento. Se impulsaban lo más cerca que podían al agua, y allí se quedaban.

Ineptos o torpes en la tierra, los animales marinos, lo sabemos, encuentran en su medio natural una libertad de movimientos que nos maravilla. Los que yo observaba no gozaban, evidentemente, ni de una pizca de esta facultad.

Su rabo era ridículo: ridículo y desagradable como un apéndice más grueso que los otros, y su rigidez, sobre todo, era abominable. Se entendía entonces por qué desde que empezaban a moverse enseguida se agarraban de la piedra con las patas delanteras con la mayor circunspección y de nuevo se inmovilizaban; antes de volver a empezar. Se debía a su rabo.

Si lo reflexionamos, sería más preciso suponer que se trataba de arañas en lugar de tortugas o cangrejos, pero arañas como éstas, del tamaño de un moloso, ¿existen en alguna parte?

Está decidido, esta tarde iré al cine. De vez en cuando hay que concederse distracciones, despejar la cabeza, algo que no hago muy a menudo. No es que deteste el cine en sí. No soporto estar encerrado en la oscuridad de una sala, es eso, encerrado tanto tiempo. Eso me desanima, me ahogo. La película que me recomendaron (el camarero en el hotel) promete ser divertida, fue filmada por un director local, un jarbhereño puro. Mi elección se basó, en parte, en esta última referencia. Confieso que me da curiosidad ver la obra de un cineasta que proviene de semejante... ambiente, cuál será el resultado. Con frecuencia regresa aquí, me dijeron (otra vez el camarero). Con un poco de suerte podré cruzarme con él en la calle; pero, ¿cómo reconocerlo? ¡El cine! Allí el rito mágico se perpetúa, renaciendo de sus cenizas, infinito en sus manifestaciones y su diversidad, celebrado sin cesar, recelebrado. ¡Y qué rito, el único rito, el que conjura la muerte! Los hombres no renunciarán tan fácilmente a pensar que acabarán por doblegar o domesticar a la Buscona que no cierra el ojo ni un instante. Multiplican las operaciones, los encantos, los lances de prestidigitación: ella, por su parte, parece aceptar el juego. Le sacrifican víctimas, aunque sean simbólicas como en la pantalla, por ejemplo —¿pero dónde más, en la calle?— parece cerrar los ojos otra vez. Este sueño de que el ser humano se vea y se sepa eterno: de seguro no existe un lugar donde tome más consistencia que en las tinieblas de un cine. Allí reina la fe y ésta no es ciega:

con las pupilas más bien dilatadas, descubre que el final no ocurre, nunca ocurre, que todo asesinato es ficticio, el héroe se vuelve a levantar, sacude el polvo de sus ropas, sonrío a su compañera diciéndole: “Tengo tanta hambre”, antes de dirigirse al restaurante de las estrellas. Y eso, tú, yo, todos lo sabemos. Sabemos también lo que hay que pensar de esta solución que se da a la muerte.

Éstas son reflexiones a propósito de una simple película, pero una película insólita, con un poder cómico real. De entrada, uno percibe su estilo extremadamente descuidado —una impresión, desde luego— y su crueldad extremadamente calculada: oposición o encuentro bien hechos para formar una mezcla detonante y los estallidos de risa no faltaron esa tarde. Dándose por oleadas, —seguían a veces al temor de una crisis de nervios entre algunos espectadores y especialmente algunas espectadoras. Soy incapaz de recordar el título exacto, aunque era una sola palabra, muy corta además, como *Vera* o *Every*. No tiene importancia, lo buscaré más tarde en los carteles pegados en el vestíbulo del hotel, ahí ha de estar. Otro rasgo original consiste en la presencia del director dentro de la película y, en medio de una dotación de cámaras, cables, pantallas, proyectores, rodeado de tramoyistas preciosísimos, puede decirse que de seguro está allí. Da órdenes, ruge, exige de los actores una actitud y luego otra, tiembla de rabia, los hace volver a empezar, despiadadamente, disponiendo de ellos a discreción como juguetes que no podrían tener más voluntad que la suya, otra vida más que la que él les infunde, él, sólo él, siempre él, el demiurgo, como se le dice, como yo habría dicho en la época en que enseñaba ciencia a mentes jóvenes, pero un demiurgo irrisorio, y la invención genial es precisamente haber hecho del director de la obra a este chiflado, este demente, y no tanto haberlo introducido en la película. Su presencia constante, insistente, obsesiva, pretexto para las bromas en cadena, mantiene una sobreexcitación sin tregua que casi provoca que la sala se derrumbe de risa. El efecto cómico llega a su culminación en la situación expuesta, la

historia de una comediente célebre y veleidosa, en extremo berrinchuda, que transmite a un entorno aterrado, y esto en el momento en que, autómata en las manos del director, es manipulada sin amabilidad. No se puede olvidar la manera en que, desde las primeras imágenes, la conmina a penetrar en un decorado que supuestamente representa un departamento lujoso donde una sirvienta acaba de encender las luces y enseguida le pide parecer ligeramente ebria, luego desabrocharse el abrigo, luego dejar ver su atuendo de alta costura, luego retirar el pie de un escaarpín, luego proyectar el zapato hacia lo lejos, luego obligar a su doncella a correr en cuatro patas a recogerlo, luego repetirlo con el otro escaarpín, con la bolsa de mano, los guantes, con cada pieza de la vestimenta, incluso la ropa interior, ni tampoco la manera en que le grita en ese instante que se ponga la bata que está extendida sobre el brazo de un sillón mientras el público se desternilla de risa.

ALTA EN SUS VESTIDOS DE TONOS OSCUROS, ONEROSOS COMO por concesión, su cabellera de ébano echada hacia atrás y alrededor de la cabeza en un movimiento de giro fijado por una laca de peluquero, mi mujer, Eida, sólo tiene fe en su belleza, su seducción, su aptitud para vivir, un apetito que es casi genial, al igual que su seguridad, y se da en ella no sin la sutileza de la inteligencia; de la inteligencia, no lo digo en broma. Ella, una hermosa mujer, que no se habría sacrificado para tener los numerosos hijos que debería haber tenido, y que seguirá siéndolo probablemente durante mucho tiempo. Una niña echada al mundo, como por concesión también, y no quiso más. Y yo le traía la enfermedad. Francamente, yo no sabía vivir, ¿sabría por lo menos morir? “Entender esto, me decía yo; entender todo esto.” Lo más seguro es que no terminaría el año, ésa era la cuestión, esta última certeza me enfurecía más que cualquier otra. Desde luego yo tenía la libertad de rechazarla, podía retomar el hilo de mis días pasados, en el presente, aferrarme a algunos instantes de feliz memoria y así contar con escapar de las garras de la tierna asesina. No me veía caer en esa trampa. Ahí donde había llegado, ahí donde me mantenía, en esta frontera indecisa, el único sentimiento que subsistía en mí era el de haber soñado mi vida y que había llegado la hora de despertar. De todas maneras se habrían derretido entre mis dedos los jirones que hubiese arrancado del pasado, del olvido, la decisión en lo referente a la existencia dejaba de pertenecerme, a pesar de los esfuerzos que hiciera. Reducido a nada; para mí ya no era cuestión... era menos cuestión mía que de una cosa *La vida le había dado lo que tenía para dar, lo que podía sucederle le había sucedido, y no le cabía*

duda, una cosa que sin perder su reserva, sin comprometerse ni un instante, me miraba luchar, me escuchaba hablar, tal vez pensar, y lo haría hasta mi último suspiro y al final yo no tendría ganas más que de pedirle perdón por la amargura, el sufrimiento, el infortunio a los que yo había sucumbido, y todo habría estado bien así.

A menos que la vida ordene jugar sobre dos tableros o incluso más, a menos que se le ocurra hacer una apuesta con una mano por tal color —que sabemos con toda nuestra convicción que es el de la mala suerte— y con la otra una apuesta *idéntica* por el color de la suerte, no veo de qué manera explicar lo que me sucedía, o empezaba a sucederme. Una puerta se entreabría frente a mí y daba, yo diría que de buen grado, hacia otra realidad, una luz desconocida, mayor, con una fuerza misteriosa. Todo me impulsaba hacia allá: pero yo no intentaba resistirme. Si acaso crucé el umbral, no tengo idea de lo que me gustaría creer. Buscaba cómo sobrevivir, sólo eso me preocupaba, y he aquí que entraba en un espacio de silencio donde podía oírme respirar y callarme, y me oí claramente, calmadamente, sin que se afectara la integridad de ese silencio.

Pasadas las cinco semanas de reposo prescritas por el Dr. Rahmony, retomé mis clases con mis alumnos. Y hoy estoy en Jarbher.

Hoy hace exactamente cuatro meses que me instalé en Jarbher. Cuatro meses de misión, y estoy empezando otro y, cosa curiosa, lejos de ver cómo palidecen y se agotan los atractivos de esta ciudad, ahora tan bien conocida por mí, tengo la impresión contraria, mi placer sólo crece, de vivir aquí, de trabajar aquí. La primera ciudad del país, sin ser su capital, creo que ya lo dije, pero uno no se la representa en lo más mínimo como una de esas megalópolis devoradoras llamadas a formar el inmutable horizonte del hombre —¡ya he visitado algunas!—, uno de esos hormigueantes desiertos de piedra que se extienden cada vez más lejos, por

más lejos que uno vaya. Monumental: ésa es la palabra que le conviene a Jarbher, y Jarbher lo es, sin desbordarse, no obstante, en la desmesura. No estamos aquí en la víspera de recibir la visita del arcángel con espada de fuego, en mi opinión la ciudad sabe mantener la calma y la mantendrá así durante mucho tiempo. Eso se nota en el aspecto mismo, en el acomodo de las casas. Soberbios aleros pintados, hastiales recortados, fachadas exteriores adornadas con alegorías o escenas bucólicas que atestiguan una gran fidelidad a la tradición, y en el interior se encuentra la expresión de una fe, no menos decidida, en los firmes valores del progreso, materializada en forma de comodidad, y qué comodidad, les dejo imaginarla.

Vivo en mi barrio que forma parte de la antigua Jarbher, rodeado por casas de ese estilo, mi hotel es una de ellas, paso todos los días frente a otras y cada día me provocan admiración. La ciudad moderna también tiene con qué seducir e incluso lo deja a uno mudo de sorpresa, aunque sólo fuera por los edificios, esos conjuntos implantados en diversos barrios, y que sólo con verlos a mí invariablemente me transportan. El esplendor y la audacia en la innovación, fabulosos aquí, de hecho tienen con qué asombrar. No me sorprendería que los artistas, urbanistas, arquitectos, ingenieros encontraran allí materia para aprender, o por lo menos para reflexionar, y que hayan venido a buscarla los extranjeros, según dicen. Lo digo sin dudarlo, esta manera juiciosa para una ciudad como Jarbher de participar tanto en lo antiguo como en lo nuevo le confiere la calidad de un milagro, de un milagro familiar si se quiere, si estas dos palabras pueden ir juntas. Por momentos, al recorrerla, creo estar viviendo uno de esos sueños que nos hacen recordar lugares que nunca antes hemos visitado, rostros nunca vistos. Ignoramos hasta dónde, única, se extiende nuestra propiedad.

La ciudad, que me procura un sentimiento de *reconocimiento* tan extremo que a veces me espanta, de todos modos sigue tallada en la más sólida y acogedora de las realidades. Voy a dar algunos ejemplos, que sólo son justificaciones

dictadas por el cariño que le he tomado. Una es la bondad. Es general, además, se alía a un aire de seriedad de buena ley presente en el más modesto de los habitantes. Eso te toca cierta fibra. Cierta fibra, ya me di cuenta a mi llegada de cómo a cada uno aquí le gusta facilitar la vida a los demás. Todo lo que es capaz de serte útil, todo lo que puede serte agradable se cumple a cabalidad de buena gana; la felicidad, no sólo del ciudadano, de la gente en general, es considerada una tarea sagrada por la opinión unánime de la población sobre estas disposiciones.

Una regla tan inteligente y tan humana intriga, en primera instancia, al viajero que está de paso, en particular si, como yo, se ha enfrentado con otros espectáculos, lo inclina a la desconfianza. Sucede con esto lo mismo que con esas casas de antaño que en un principio no comprendí por qué las habían conservado y no destruido, sin ver, bajo su aspecto abigarrado, más que monumentos a la extravagancia y... a la vetustez; naturalmente el tiempo tuvo sus efectos sobre mí y echó a andar el encanto. De hecho, fuera de ese lugar, nadie conoce la vida en su verdad, ni en esta vida la alegría de vivir. Me fui convenciendo poco a poco, al paso de los días, y aún lo estoy. En todos los otros lugares una existencia trazada por la ceguera parece normal, y normales las personas engañadas que la viven: en todos los otros lugares salvo en Jarbher, donde desde el primer momento había deducido de la lectura de los periódicos que no se perpetraba crimen alguno, ningún robo, que ninguna disensión de ningún tipo surgía entre los habitantes y, con mayor razón, que ningún escándalo, de ninguna clase, sacudía la ciudad como otras que no nombraré. Eso sólo corroboró mi intuición inicial y aumentó mi agrado: “Allá es, me decía entonces, donde vas a elegir tu domicilio, tal vez por mucho tiempo, donde vas a vivir y trabajar. ¡Los niños hermosos! ¡Las sonrisas de todos! Qué alivio ver a esa gente dedicarse a sus asuntos, circular entre ellos. Los mismos tenderos más parecen anfitriones amables que hoscos caballeros del metro y la balanza.” Y para no estropear esa impresión, las tiendas

exponían, como lo hacen hoy, como supongo lo han hecho siempre, una abundancia de productos, alimenticios y otros, literalmente indescriptible: esas riquezas que no se ven dispensadas sino con parsimonia bajo tantos cielos, pero cuyas reservas en Jarbher parecen ser verdaderamente inagotables, promesa de una edad de oro a la cual los libros sólo se refieren en el pasado.

Yo no tengo nada de pesimista impenitente. Me gusta tener la sensación de seguridad inquebrantable y reconfortante que ese bienestar crea a mi alrededor. De golpe, siento que piso con un mejor pie un suelo más firme. A los conocidos que ya tenía en la ciudad por mi trabajo les comuniqué en esos tiempos liminares mis excelentes impresiones. Ellos estuvieron de acuerdo y se declararon halagados por lo que les decía, que ya sabían pero que, viniendo de un extranjero, les llegaba más al corazón. La simpatía que tenían por mí antes de cualquier cálculo no aumentó después de esto, no podía notarse más en alguno sin faltar a la honestidad. Sin embargo, en ese instante, me vi rodeado de un matiz particular de consideraciones: apenas perceptible, un matiz, una nadita más sostenido. Su actitud no cambió después. La ciudad por lo demás no esconde su orgullo del bien material y moral que prodiga a manos llenas a los suyos, así como a los visitantes que van y vienen a la merced de los vientos. Carteles, boletines difunden el eco de esto, la ciudad se felicita por ello, y puede felicitarse con todo derecho. Uno mismo debe ser generoso para admirar esto con un corazón sincero y felicitarse a su vez. Mis amigos son una prueba más de ello por si fuese necesario, y sería oportuno informar ahora del acontecimiento, bastante aparte, que ellos mismos me relataron.

He dicho que nunca se ha cometido un asesinato en Jarbher. Sin embargo, sí, uno solo: lo supe justamente por esos amigos. Me revelaron cada detalle sin la incomodidad o las reservas que evoca la mala conciencia o, al contrario, denota el cinismo tranquilo. ¿Por qué no lo mencioné antes? Porque habría producido, presentado así, de buenas

a primeras, el efecto de una de esas ignominias, uno de esos horrores con los que nos acribillan en exceso día tras día, mientras que en el país en que nos encontramos conviene considerar este hecho extraño con otros ojos y el acto de este asesino como un fenómeno que proviene menos de la criminalidad que, digamos, de cierta concepción de las cosas. El autor del delito, un sombrerero, había afirmado que, al suprimir a su esposa y a sus cuatro hijos, se había limitado a cumplir un deseo expresado en familia en muchas ocasiones. Por consiguiente, se habría tratado no de un asesinato quíntuple sino de un esbozo de suicidio colectivo y todos habían tenido la misma opinión, incluidos los jueces. Y, aseguraban mis amigos, si este hombre no había vuelto el arma contra sí mismo después del holocausto de acuerdo con su intención formal, era debido a la plegaria elevada por la esposa justo en su último minuto. Con sus hijos muertos entre los brazos, la víctima en persona había pedido la gracia del sacrificador y había sido escuchada... Se podrían añadir epílogos sin fin a este "incidente". Mis interlocutores se habían conformado con plantearme la siguiente pregunta y todo el asunto había parecido resuelto, por lo menos según ellos: "¿En nombre de qué podríamos haber puesto un obstáculo a esto? —Había que entender evidentemente, al de abandonar el mundo—. No hablemos demasiado al respecto, ninguna religión se opone a ello, más bien todas alaban la aceptación tranquila de la muerte, con la excepción de la necia religión moderna de la vida a toda costa, a cualquier precio. Para nosotros, el deseo de esta familia no representa un peso menor que el deseo contrario, no conocemos una responsabilidad más grave que la que consiste en imponer a alguien, sin su consentimiento expreso, la obligación de desenrollar el hilo de una existencia a la cual, ya sin aspirar a ella, no intenta más que renunciar."

PERO ESTÁ ESA GUARIDA DEL DIABLO, ¿CÓMO OLVIDARLO? NO va con el resto, con todo eso, no encuadra y yo no puedo hacer (pensar, comportarme) como si no existiera. O como si yo la hubiese inventado. Entonces ¿qué hacer, cómo tomarla? No hay que dudar, siempre está allí donde está, incluso si yo no he vuelto desde hace más de una semana. Tomarla, combinarla con el resto, o separarla. Y si me diese una vuelta, una vuelta sólo para ver. Mis obligaciones profesionales fueron cumplidas hoy en menos tiempo que el previsto. Una vuelta *allá*, una vuelta sólo para ver, a riesgo de pagarlo con ese receso fuera del programa. La suerte tal vez me sonría esta vez y pueda identificar ¿qué?, ¿las larvas? confinadas en las entrañas del maldito agujero. Sin duda me será posible incluso hasta ponerles un nombre. Ya se me metió esa idea en la cabeza y, como cada vez, se me metió sin mucho esfuerzo. No será pequeña empresa distinguirlas, sólo distinguirlas en las sombrías profundidades donde permanecen sigilosamente ocultas. En cuanto a querer otra cosa... Desde el primer día supuse que eran animales pero, estáticos como saurios al dormir, si son animales como yo creo, no se distinguían, o casi no, de las rocas a las que se adherían como excrescencias minerales. No sacaría ventaja, según veo, Él no sabía lo que buscaba pero sabía lo que había encontrado, lo sabía pero no se atrevía *a confesárselo en lo secreto de su corazón, no se atrevía a decírselo conscientemente* de mi tarde de libertad.

Las repugnantes criaturas no se muestran más ni más rápidamente a la mirada que echo, desde mi llegada, al refugio donde están, sin duda, deberían estar, pero escondidas.

Perplejo, permanezco un largo rato para espiarlas. Y luego empiezan a salir, unas tras otras. Unas tras otras, pero no salen —de donde sea que salgan— todo el tiempo han estado allí, sencillamente han empezado a moverse. Si se puede decir eso, porque lo hacen de manera tan débil, tan lenta, tan miserable, que toda su labor podría pasar por una alucinación. Poco a poco, sin embargo, el desplazamiento se vuelve general. Como si hubiesen entrado en confianza. Y así, seguras, por inconcebible que parezca tomando en cuenta su excesiva torpeza, en un instante se multiplican y abundan. Yo juraría que esas monstruosas tarántulas sintieron Dios sabe qué cosas que ahora las atrae, si pensarlo implicara audacia o locura, o ambas juntas. Las rocas que se erizan al fondo de la falla con sus nudosidades están todas cubiertas de ellas, suben desde cada grieta. Sin embargo, después de un insignificante comienzo, la mayoría vuelve a caer en su letargo, iba a decir sin combustible, y después de pasar largos minutos sin moverse ni dar señales de vida, ocupan el sitio conquistado hasta formar un solo cuerpo una vez más con la piedra. Inútil mencionar que los intentos o las ganas de locomoción de todas tienen algo de profunda y cruelmente absurdo; inútil añadir también que acaban, una después de la otra, en el fracaso. Pero esto es lo más increíble o lo más espantoso: algunas de ellas parecen abordarse y dirigirse la palabra. Ya he percibido, sin haber podido determinar su punto de emisión, un lastimoso gorgoteo; por más agudo que sea y a pesar del chasquido de las olas, me llegó hasta los oídos. ¿Cómo? ¿Ellas? ¿Producir esos sonidos? Para disipar todo equívoco, poner fin a un posible error de mis sentidos, incrédulo, volteo hacia distintas direcciones y escucho. Sí, son ellas, esto viene de esas criaturas inverosímiles, emana de allá abajo y ahora incluso algunas se percatan y levantan los ojos hacia mí. Sin embargo no tardan en enseñarme de nuevo la nuca, ya sea porque el espectáculo que ofrezco no resulta ser de su gusto, ya sea porque su visión no tiene la fuerza necesaria para llegar hasta esta altura, o simplemente porque su constitución les prohíbe fantasías

acrobáticas de ese tipo si deben prolongarse. Sin embargo, en pocas palabras, estas veleidades no lo son al grado de no permitirme advertir que sus cabezas, las de algunas, desaparecen en una especie de estopa enmarañada, blanca por aquí, gris por allá: una barba, si puede decirse.